

Un capítulo más en una dolorosa historia muy antigua: la “penitencia perpetua” impuesta a Jon Sobrino

Eduardo Hoornaert

Este 14 de marzo la Congregación Vaticana para la Defensa de la Fe ha promulgado la “penitencia” impuesta al sacerdote jesuita Jon Sobrino, nacido en 1938 en Bilbao, y residente desde 1958 en El Salvador, donde fue teólogo de monseñor Óscar Arnulfo Romero. La penitencia consistirá en el “silencio más absoluto” del teólogo, no aquel “silencio de un año” impuesto a Leonardo Boff, sino un silencio perpetuo, hacer desaparecer *per saecula saeculorum* una voz que incomoda. ¿Cuál es la razón de tan severo procedimiento? ¿Dónde fue que Sobrino transgredió las normas? El texto del Vaticano explicita: “El teólogo no afirma abiertamente la conciencia divina del Jesús histórico”, “él oculta la divinidad de Jesús”.

He aquí un capítulo más de una historia que ya abarca varios siglos y no está próxima a tener término. Ella comienza en 1670 en un sencillo cuarto en la ciudad holandesa de La Haya, cuando Baruch Spinoza cuestiona por primera vez la autoría de los primeros cinco libros de la Biblia (Pentateuco) por Moisés, supuestamente inspirado por Dios. Para Spinoza, el Pentateuco es una colección de narraciones populares antiguas y de prescripciones sacerdotales reunidas por Esdras y otros intelectuales después del retorno de las élites judías del exilio babilónico en el siglo V a. C., por lo tanto siete siglos después de la muerte de Moisés. Las palabras de Spinoza cayeron como una bomba, no sólo sobre la cultura de Occidente (cristianos y judíos), sino igualmente sobre el mundo árabe. Desde entonces, los temores causados por Spinoza (y colegas) se alargaron y no dejaron más en paz a las autoridades religiosas cristianas, judaicas e islámicas.

En efecto, en el transcurso de los tres últimos siglos Spinoza fue ganando adeptos cada vez más numerosos. Los exégetas pasaron a estudiar las lenguas bíblicas (hebreo, arameo y griego), hicieron una lectura de la Biblia en consonancia con los preceptos de la ciencia moderna y enfrentaron valientemente los obstáculos eclesiásticos. Gracias a la progresiva introducción de la idea de tolerancia en el transcurso del siglo XVIII, tanto en Francia

como en Alemania, nadie más fue quemado vivo por emitir opiniones contrarias a las autoridades, como aún aconteció con Giordano Bruno, en 1600. Las ideas humanitarias triunfaron con la Revolución Francesa de 1789.

La institución eclesiástica reaccionó siempre con mucho nerviosismo ante cualquier tentativa de tocar los antiguos dogmas, y nunca permitió que se discutiese la manera en que la extraordinaria riqueza de metáforas, símbolos, parábolas y visiones de la Biblia terminó siendo “embotellada” en fórmulas dogmáticas. Nadie podía, ni de lejos, tocar el símbolo de la fe cristiana promulgado por la asamblea episcopal de Nicea (325). Fue ahí que las sugestivas imágenes religiosas del evangelio de Juan (la Palabra de Dios desciende del cielo a la tierra, divulga el mensaje de un Dios Padre y vuelve al cielo, después de haber dejado en la tierra el Espíritu Santo) fueron traducidas en dogmas.

Aun así, muchos continuaron tocando lo que era “intocable” y de ahí surgió un laberinto tan intrincado de explicaciones, controversias, hipótesis y condenaciones, que es prácticamente imposible seguirlo todo¹.

Aquí, únicamente quiero recordar que los papas católicos siempre quisieron poner un dique contra la invasión del espíritu científico en un área que les parecía exclusiva, pero todo fue en vano. El violento choque causó muchas víctimas, entre las que destaca el sacerdote francés Alfred Loisy (1857-1940), cuyo libro *El Evangelio y la Iglesia*, publicado en 1902, defendía la tesis (ya sustentada por intelectuales del imperio romano, como Porfirio) de que los evangelios no corresponden fielmente a la historia de Jesús. Sin embargo, no sólo en el mundo católico los estudios “modernos” causaron problemas. El mundo protestante también fue afectado, de ahí que Adolfo von Harnack, gran estudioso alemán,

¹ Quien quiera profundizar en este asunto, leerá con provecho el libro de Spong, J. S., *Un nuevo cristianismo para un nuevo mundo*. Campinas, Verus, 2006.

² Frazer, J. G., *El folklore en el Antiguo Testamento*. México, D. F., Fondo

encontró de igual modo fuerte oposición por parte de la Iglesia luterana.

Pero todo eso no freno el movimiento. En el siglo XIX nacen la egiptología, la asiriología, la epigrafía semita, etc. En el siglo XX entran la filología y la arqueología bíblica, causando sucesivos sustos en quienes creen en las “verdades eternas” de la Biblia. Al mismo tiempo, se avanza en el mapeo de un universo religioso imaginario común a todos los pueblos que mantuvieron contacto con el pueblo hebreo, no solamente Mesopotamia, sino asimismo Egipto. Se percibe que las grandes imágenes bíblicas son comunes al imaginario religioso del Oriente Medio: el cielo (Dios Creador), la tierra (expulsión del paraíso terrenal), el aire (ascensión), el sopro animador (Espíritu Santo). Incluso los utensilios agrícolas de uso diario como la azada, el arado, la pala, el torno (Dios tornero), el horno (infierno), sirven como símbolos religiosos. En el infierno viven demonios, monstruos y otras amenazas; en el cielo actúan los ángeles, protectores de la vida. Se habla de “hijos de Dios” (título dado a los faraones egipcios) y de vírgenes que engendran dioses. Estudiosos como Sir James George Frazer², abren espacio para un estudio de los imaginarios religiosos en escala planetaria³.

Se va diluyendo siempre más la idea de que “la Biblia tenía razón”⁴, así como la referencia absoluta a la formulación del concilio de Nicea. Ya en el siglo XIX estudiosos alemanes lanzan dudas sobre el valor histórico del evangelio de Juan, base del dogma de Nicea. En torno a 1900 ya es consenso que los evangelios de Mateo y Lucas asimilan mucha cosa del imaginario popular, mientras se recompone un evangelio Q (de los años cincuenta) que no diviniza a Jesús. El evangelio de Tomás, gran estrella del descubrimiento de Nag Hamadi (1945), hace su entrada en el listado de los evangelios cuyo estudio se impone a quien quiera investigar los orígenes cristianos. En el viraje hacia el siglo XXI, la lingüística (Ricoeur, Bakhtin, Wittgenstein, Frege, Habermas, Gadamer) entra por su parte en los estudios bíblicos

de Cultura Económica, 1986.

³ Véanse también los estudios del profesor estadounidense Joseph Campbell, por ejemplo, *Mitología na vida moderna*. Rio de Janeiro, Ed. Rosa dos Tempos, 2002.

⁴ Hoy nadie defiende más la tranquila premisa todavía asumida en 1936 por Joseph Hertz, promotor de una famosa edición hebrea de la Biblia, de que “entre todas las crónicas orientales solamente la Biblia merece el nombre de historia”. Véase Ouakin, M. A., “O Deus dos judeus”, en *A mais bela história de Deus*. Rio de Janeiro, Difel, 2001, págs. 51-109.

y demuestra la necesidad de analizar la mediación literaria para llegar al Jesús de la historia. Así, la perspectiva de Bultmann (1926) —quien sostenía que no se puede decir prácticamente nada sobre Jesús a partir de los evangelios— es revertida y los especialistas están de acuerdo en que podemos conocer a Jesús, aunque no de la forma en que Él es presentado por la tradición de las iglesias. El problema es Nicea, no los evangelios.

La cuestión de fondo, que aparece en la condenación de Jon Sobrino, está en la terquedad que caracteriza a las grandes instituciones. Resistiéndose a cualquier tentativa de reformulación de sus fórmulas (siempre pasajeras), ellas se precipitan hacia la muerte. La historia ya comprobó suficientemente que grandes imperios se destruyen a sí mismos, por un proceso que el historiador inglés Toynbee llamó “híbris” (autofianza exagerada, falta de percepción de la realidad, prepotencia). Fue lo que aconteció con los imperios babilónico, persa, romano y recientemente el soviético. La prepotencia del Vaticano queda patente en las palabras usadas para apartar a Jon Sobrino de la enseñanza eclesiástica.

Tenemos que reconocer que imperios de fuerte impregnación en el imaginario popular pueden demorar siglos antes de entrar en un colapso definitivo. De ese modo, es posible que muchas personas no lleguen a percibir el problema, ni vean que todo se está desmoronando a su alrededor. Los líderes, por su parte, pierden contacto con la realidad vivida y se van encerrando en su concha. Ellos se aferran a volátiles aclamaciones populares y mediáticas (el Papa en Aparecida), sin conseguir investigar a fondo lo que está aconteciendo.

Mientras, nadie entiende más el símbolo de Nicea ni presta atención a lo que está diciendo cuando recita formalmente el “símbolo de la fe” en la liturgia de la misa. Esas palabras se tornan reliquias muertas pero, aun así, muchos creyentes prefieren morir con ellas que colaborar en la elaboración de un cristianismo renovado. Una institución que condena a estudiosos como Jon Sobrino precipita su propia caída. Pues él lucha por la vida del cristianismo, contrariamente a lo que su condenación por el Vaticano hace creer. Los que más parecen defender la Iglesia son los que la condenan a muerte, en tanto los que la critican quieren su vida. En este momento, tenemos que felicitar al teólogo Sobrino por su compromiso con la vida.

Traducción: Guillermo Meléndez

RIBLA

- RIBLA N° 12: Biblia: 500 años ¿Conquista o inclusión?
RIBLA N° 13: Espiritualidad de la resistencia
RIBLA N° 14: Vida cotidiana: resistencia y esperanza
RIBLA N° 15: Por manos de mujer
RIBLA N° 16: Urge la solidaridad
RIBLA N° 17: La tradición del discípulo amado: cuarto evangelio y cartas de Juan
RIBLA N° 18: Goel: solidaridad y redención
RIBLA N° 19: Mundo negro y lectura bíblica
RIBLA N° 20: Pablo de Tarso, militante de la fe
RIBLA N° 21: Toda la creación gime...
RIBLA N° 22: Cristianismos originarios (30-70 d. C.)
RIBLA N° 23: Pentateuco
RIBLA N° 24: Por una tierra sin lágrimas. Redimensionando nuestra utopía
RIBLA N° 25: ¡Pero nosotras decimos!
RIBLA N° 26: La palabra se hizo india
RIBLA N° 27: El Evangelio de Mateo
RIBLA N° 28: Hermenéutica y exégesis a propósito de la carta a Filemón
RIBLA N° 29: Cristianismos originarios extrapalestinos (35-138 d. C.)
RIBLA N° 30: Economía y vida plena
RIBLA N° 31: La carta de Santiago
RIBLA N° 32: Ciudadanos del Reino
RIBLA N° 33: Jubileo
RIBLA N° 34: Apocalipsis de Juan y la mística del milenio
RIBLA N° 35/36: Los libros proféticos
RIBLA N° 37: El género en lo cotidiano
RIBLA N° 38: Religión y erotismo. Cuando la palabra se hace carne
RIBLA N° 39: Sembrando esperanzas
RIBLA N° 40: Lectura judía y relectura cristiana de la Biblia
RIBLA N° 41: Las mujeres y la violencia sexista
RIBLA N° 42-43: La canonización de los escritos apostólicos
RIBLA N° 44: Evangelio de Lucas
RIBLA N° 45: Los salmos
RIBLA N° 46: María
RIBLA N° 47: Jesús histórico
RIBLA N° 48: Los pueblos confrontan el imperio
RIBLA N° 49: Es tiempo de sanación
RIBLA N° 50: Lecturas bíblicas latinoamericanas y caribeñas
RIBLA N° 51: Economía: solidaridad y cuidado
RIBLA N° 52: Escritos: Salmos, Job y Proverbios
RIBLA N° 53: Interpretación bíblica en busca de sentido y compromiso
RIBLA N° 54: Raíces afro-asiáticas en la Biblia

COSTO DE LA SUSCRIPCIÓN (tres números al año, correo aéreo incluido)
AMÉRICA LATINA: US\$ 24 • OTROS PAÍSES: US\$ 36 • COSTA RICA: ₡ 9.000

Pedidos a:
Asociación Departamento
Ecuménico de Investigaciones
Apartado Postal 390-2070
Sabanilla
San José, Costa Rica
Teléfonos 253-0229 • 253-9124
Fax (506) 280-7561
Dirección electrónica: asodei@racsa.co.cr
<http://www.dei-cr.org>